



Opinión

Hasta conseguir el 0,7

Por SERVANDO PAN

PARODIANDO UN VERSO de una obra literaria francesa, «empezaron con 30 y terminaron 3000». El movimiento ha ido ampliándose de tal suerte que el objetivo está casi alcanzado: el 0,7% del P.I.B. o, lo que es lo mismo, unos 400.000 millones de pesetas de ayuda a los más necesitados.

Un sábado por la mañana me acerqué a la mesa de acogida y, muy amablemente, me dieron una breve explicación de lo que con aquella acampada se pretendía. Totalmente de acuerdo con los pasos que se iban dando. Cada uno de los que pasaban por aquella mesa debía firmar un escrito y mandarlo a los ministros de Hacienda y de Exteriores. En él se decía que el Gobierno debía dedicar una partida de dinero algo mayor de la que hasta ahora se venía ofreciendo al Tercer Mundo. También se decía que una comisión de seguimiento debía ser nombrada para controlar el destino de tales ayudas. Porque, claro, no es lo mismo entregar 1500 millones de pesetas al señor Eyadema, jefe del Gobierno del Togo, para que compre armas, que confiar ese dinero a Manos Unidas para que financie 25 proyectos que mejorarán las condiciones de vida de una parte de la población de ese mismo país.

Yo empecé a darme cuenta de la necesidad de la realización de estos proyectos allá por el año 1968. Daba entonces clases en un colegio de los barrios más pobres del Cairo, muy cerca de donde nació el Premio Nobel de Literatura Naguib Mahfuz. El día de Nochebuena, salía yo a Misa del Gallo y, nada más traspasar la puerta del colegio, me abordó un alumno que vivía muy cerquita y me preguntó:

- ¿Ha estado Ud. alguna vez en mi casa?
- No. —Le dije.
- ¿Quiere entrar y saludar a mi familia?
- Bueno.

Eran las diez y media de la noche. Subimos juntos

unas escaleras totalmente a oscuras. Pronto llegaron a mi nariz los olores de un retrete situado en el primer piso. Por supuesto la puerta no era necesaria. Y, para colmo de infortunio, el orificio de evacuación estaba obstruido. Era el único aliviadero de una decena de familias. No quise ni imaginar lo que habría que hacer para entrar allí. En este momento lo único que importaba era saltar por encima para no «manchar» mis lustrosos zapatos:

- ¡Cuidado! —Exclamó mi acompañante en su árabe callejero.

Tuve mucho cuidado para no «embarrarme». Salimos de allí cuanto antes y me metió por un patio de tierra hasta su «casa», un antro de 2,5 m. por 2 m. La puerta nunca se cerraba por la sencilla razón de que no encajaba en el marco. Un boquirón estrecho permitía un suplemento de ventilación. Gracias a la luz de un quinqué colgado de un alambre podía entrever a su madre y a sus dos hermanitos.

- ¡Siéntate! —Ordenó la madre señalando un camastro indescriptible.

Me senté como pude y me puse a charlar con ellos. Por mi mente, al ver aquel cuadro, pasó la inspiración de solicitar ayuda a quien fuera para sacar a aquella familia y a las otras diez de semejante atolladero. Perdí la noción del tiempo y lo de ir a misa pasó a un segundo plano. Aquella noche, mi cena de Nochebuena consistió en unas zanahorias crudas, unas hojas de lechuga y unas mandarinas. Después de las doce regresé al colegio con la conciencia muy tranquila tras haber prometido a esas pobres gentes que volvería lo antes posible para instalarles luz eléctrica. A los quince días, todas las «cabañas» tenían su bombilla y a la familia más numerosa le puse un tubo de neón, ya que, por ser la más espaciosa, podría utilizarla para enseñar a leer a un grupo de chicos y chicas que no podían ir a la escuela porque tenían que ayudar en las labores de casa; entre ellas, buscar agua en algún grifo de algún inmueble de «ricos».

Realicé a continuación otros proyectos. Pero esas condiciones infrahumanas de vida fueron minando poco a poco mi salud y fui también víctima, como ellos, con la ventaja de poder seguir un tratamiento en un buen hospital que repuso mis constantes vitales en pocos días. Muchos de ellos no tuvieron tanta suerte y a temprana edad



Ley de Patton: Un buen plan hoy, mejor que uno perfecto mañana.

fallecieron. (De alguno me tocó sacar una foto para que sirviera de consuelo a los demás miembros de la familia desconsolada).

Después de haber sido testigo de tanta miseria, ¿acaso no debo luchar para mejorar esas condiciones de vida? Colaborar para conseguir lo que podríamos llamar «una limosna», ya que forma parte de lo que sobra, me parece muy poco por mi parte. Satisfecho no puedo quedar cuando se haya logrado el 0,7%. Me hubiera gustado sustituir a alguno que ha preferido no comer durante un tiempo para que *otros coman algo más*. Ojalá se presente una ocasión para que los esfuerzos, y quizá la propia vida, sirvan para que muchos vivan mejor.

La calidad de vida de nuestros pueblos

Por EL CRITICÓN

EL PATRIOTA eufórico encuentra cuanto ha sucedido y sucede en su país lo más perfecto y sobre ello no admite discusión. Pasa por optimista, pero no siempre lo es, fuera de la apariencia, porque muchas veces es sabido que el gesto expansivo disimula un efectivo encogimiento interior. El patriota crítico afánase, por el contrario, en buscar los defectos de su país, pero no siempre con pesimista abandono, sino, muchas veces, para tratar de corregirlo. Su eficacia no puede discutirse; en la vida de los pueblos, como en la de los individuos, la perfección no nace de la satisfacción sistemática, sino, al revés, del examen permanente de la conciencia y de la dolorosa, pero fecunda, contrición.

Gregorio Marañón: «Cajal: su tiempo y el nuestro»

ANTES DE SEGUIR LEYENDO, amigo lector, te pido que reflexiones por un momento en el texto que encabeza este pequeño artículo y consideres la idea expresada por el gran médico y ensayista G. Marañón.

Quien escribe estas líneas se siente identificado con el ciudadano crítico que busca los problemas y los defectos de la realidad que nos rodea, no para, desde un pesimismo estéril, comprobar lo mal que están las cosas y justificar así su pasividad, sino para, desde el optimismo activo, analizar los problemas y buscar su solución. Lo que sigue es, pues una reflexión, crítica pero optimista, sobre alguno de los problemas que tiene planteados no sólo Santibáñez, sino cualquiera de nuestros pueblos.

Para la valoración de la calidad de vida de un determinado lugar se consideran muchas variables: servicios de telecomunicación e infraestructura viaria; servicios sociales, sanitarios, culturales, educativos; etc. Todo aquello, en fin, que satisface las necesidades de los ciudadanos y que nos permite «vivir bien», como generalizamos coloquialmente.

Santibáñez, como todas las poblaciones rurales, ha ido accediendo con los años a estos servicios (carretera, televisión, teléfono, etc.), más propios antes de la cultura urbana. Podemos decir que las distancias entre las ciudades y los pueblos se han acortado en muchos aspectos, que los pueblos se han «urbanizado». Pero también han llegado, por contra, los males que padecen la mayoría de las ciudades. Muchas veces originados en las propias urbes: no tenemos más que observar nuestro río.

Está claro que la contaminación no hace distinciones y afecta a todos; por eso las soluciones tienen que ser necesariamente globales (un ejemplo es la prohibición de producir los dañinos CFC que destruyen la capa de ozono de la atmósfera que nos protege). Pero hay más contaminación que la del agua y el aire. Muchas de ellas admiten un solución local: por ejemplo, la contaminación acústica.

En España, que junto con Japón aparece en los informes sobre contaminación acústica a la cabeza de los países más ruidosos del mundo, éste es un problema muy preocupante en muchas ciudades. Hay sitios en los que ya se está reaccionando. En Asturias, por ejemplo, un grupo de 50 profesionales liberales y técnicos ha formado una Asociación para luchar contra el ruido y exigirle a la Consejería de Medio Ambiente que se cumpla con todo rigor la normativa acústica que existe en todos los municipios. Yo no sé si nuestro ayuntamiento, o cualquiera de los de las zonas rurales, dispone de esta normativa. Lo que sí sé es que la tranquilidad y el silencio es uno de los mayores tesoros de los pueblos y es necesario preservarlo para todos. Y no se trata de ningún capricho. Como advierten los médicos, el ruido, sea poco o mucho, es perjudicial para la salud.

La fuente de contaminación acústica más importante proviene del tránsito rodado, tanto en las ciudades como en los pueblos. Es evidente que hay ruidos «necesarios». Es inevitable, por ejemplo, el ruido que producen coches y tractores al transitar por nuestras calles; pero otros muchos no.

Siempre se han ofrecido por los pueblos de modo ambulante mercancías y servicios y siempre se han anunciado con una señal. ¿Quién no recuerda el silbido mágico de los afiladores o el divertido cornetín de los «fresqueros» de antaño? Pero hoy sucede algo muy distinto. Hoy llegan los mercaderes en sus furgonetas y se anuncian a golpe de claxon. Con el aumento de la competencia, el claxon suena cada vez más alto, más tiempo, en más calles, a cualquier hora del día. Cada vez arriban más vendedores a nuestras calles. Deben de ser ya tres o cuatro los panaderos que vienen a Santibáñez; es posible que pronto crezca el número de pescaderos, carniceros y



Plaza de Cementos La Robla; también llamada *del contenedor*

fruteros; es muy probable que vayan a más los que nos ofrecen «pollita ponedora», «le compro su viejo colchón de lana, señora», «chatarrerooo, ha llegado el chatarrerooo», «tocino, compro tocino», ... Nuestros pueblos se están convirtiendo en salas de conciertos para un único instrumento: el claxon. No quiero ni imaginarme que llegue a estallar una guerra de claxones para acabar con la competencia y quedarse con la clientela. Sólo espero que nuestro buen amigo Celiano no se contagie de esta moda y nos reparta el correo tocando el claxon de calle en calle.

Es evidente que es bueno que vengan a vender sus mercancías por los pueblos, que ofrecen un estupendo servicio a la comunidad; pero también es claro que hay maneras de hacerlo sin molestar al vecindario: se pueden establecer unas horas al día para la venta ambulante, se puede organizar un mercadillo semanal, los panaderos pueden dejar la mercancía directamente en casa de sus clientes habituales, ... En fin, les corresponde a los ayuntamientos tomar cartas en el asunto y buscar soluciones antes de que nos las impongan desde fuera. Haberlas, haylas.

Si antes decíamos que los pueblos se han acercado a las ciudades en la calidad y cantidad de los servicios, ofrecen otras muchas cosas que la ciudad no puede: aire puro, contacto con la naturaleza, tranquilidad, trato con el vecindario, ... y la «lechugina» de la huerta. No tiene, por tanto, nada que envidiar la calidad de vida del ambiente

rural al urbano. Hay que preservar, pues, lo bueno de nuestros pueblos; hay que evitar lo que tiene de pernicioso la cultura urbana y solucionar los problemas y defectos de la vida rural.

Nos hemos referido hasta aquí al tema concreto del ruido creciente de nuestros pueblos, pero podríamos haber centrado nuestra crítica en otros asuntos.

¿Por qué no se disponen de una vez zonas de aparcamiento para los aperos y dejan de estar diseminados por cualquier rincón y, lo que es peor y más peligroso, por las calles?

¿Por qué se tiran todavía escombros en cualquier sitio, cuando la Junta Vecinal —que, despojada de autoridad por la Administración, poco o nada puede hacer para que se cum-

plan las normas que establece— ha determinado una zona para ello?

¿Por qué se tiran los electrodomésticos viejos en las orillas de nuestro sufrido río y no se busca la manera de llevárselos del pueblo?

¿Por qué no está nuestro cementerio siempre como el día de Todos los Santos y se consiente que se adueñen de él cardos arbóreos, que hacen inútil tanto mármol y nos avergüenzan cuando lo visitamos?

¿Por qué nuestros cojos contenedores de basura no se están quietos en un sitio y andan bailando de un lado para otro o se colocan, cual jardincillo, en medio de la plaza?

...

Y deberíamos dejar de mirarnos el ombligo y trabajar algo más por el bien común; y de la unión saldría la fuerza. Y deberíamos dejar de ver tanto la televisión y charlar más con los vecinos, buscar lo que nos une y no lo que nos separa; y seguramente nos entenderíamos mejor. Y deberíamos dejar de echarle la culpa de todo al Gobierno de turno o al pueblo de al lado y reconocer nuestros defectos y errores; y ponernos manos a la obra.

...

Muchas cuestiones. ¿La culpa? Ya se sabe: «la culpa no tiene casa»; pero todos estamos implicados. ¿La solución? La reflexión queda abierta.

Teoría de la entropía de Macpherson

☞ *Hace falta menos energía para sacar un objeto de su sitio que para volverlo a colocar*